

la condesa de Harley, y muy pronto halló el medio de conseguirlo, gracias á la facilidad con que Leontina accedió a las instancias de otro de sus numerosos amigos, que se lo rogó en nombre de Claudio, diciéndole que no se atrevia á presentarse solo en su casa.

CAPITULO VI.

La berlina azul.—Dos antiguos socios.

I

Eran las diez de la mañana. El sol de Mayo brillaba en el cielo, comunicando vida y alegría á la gran ciudad de Paris, cuando un hermoso carruaje paró á la puerta de una casa de mísera apariencia, en el solitario barrio de Marais. La calle, larga y triste, estaba cubierta en parte por la hierba que brotaba entre las mal unidas piedras, signo seguro de su soledad. Dos ó tres casas diseminadas á largas distancias y separadas por las tapias de otros tantos grandes jardines, era lo único que animaba la monotonía del paisaje, terminado entónces por una iglesia que se veía al fin de la calle.

La casa á cuya puerta se detuvo el carruaje de que ántes he hablado, era la más pequeña de todas. La puerta angosta y despintada, estaba

guarnecida de gran cantidad de telarañas, imprimiéndole el desaseo un sello repugnante de incuria y de tristeza. Sobre la puerta había dos ventanas, llenas también de polvo y telarañas, y cerradas con vidrios engastados en plomo. No se veían cortinas en su parte interior, ni señal siquiera de que habitase nadie aquella mísera vivienda.

Extraño contraste hacia por cierto aquella pobre casa con el brillante carruaje que se había detenido á su puerta. A pesar de no tener blasones el coche, llamaba mucho la atención su soberbio tronco de caballos tordos, la riqueza de las guarniciones y la vistosa librea del cochero y de los dos volantes que ocupaban la trasera. La berlina era azul, grande y cómoda: estaba cerrada con cortinas de seda azul también, y se conocía fácilmente que su dueño pertenecía á la aristocracia del dinero, por cierto mal gusto, consistente, sobre todo, en ostentar un tren de lujo á las diez de la mañana.

Uno de los lacayos que ocupaba la trasera del carruaje, bajó y llamó tres veces con el sonoro aldabon, no sin haberse quitado ántes su flamante guante blanco para no ensuciarlo, acción que hablaba poco en favor de la prodigalidad de su amo. Oyéronse al instante unos pasos precipitados, y la puerta se abrió, asomando por ella la enérgica cabeza de Claudio Larache.

¿Viene su gracia? preguntó en voz baja al lacayo.

—Sí, señor, respondió éste, al mismo tiempo que bajaba del coche su amo con toda la lentitud y prosopopeya de un hombre opulento.

Su aspecto, tanto por lo ménos como la carencia de blasones en el carruaje, y su ridícula ostentación, decían que aquel hombre pertenecía á esa clase incalificable que participa del hurto, de la usura y de una riqueza enorme. Llevaba pantalón negro muy ajustado, que dejaba ver un pié larguísimo, huesudo y anguloso, calzado con media de seda blanca y zapato de charol con hebilla. Un frac azul, ya muy detericrado, encerraba los contornos de su cuerpo, y su chaleco y su corbata, de una blanura deslumbradora, hacían resaltar más la palidez amarilla de su flaco rostro.

Creo que mis lectores habrán conocido sin dificultad á mister Wilsson en el personaje que tan temprano visitaba á Claudio Larache. Entró aquel en la vivienda de este último y la puerta se cerró tras del visitador y del visitado.

II

—Pensaba hallarte aún en la cama, dijo el inglés á Claudio en tanto que subían la escalera de yeso, tan hedionda y llena de basuras, que apenas podía darse un paso en ella.

—¿En la cama? ya hace media hora que he

vuelto á casa, despues de haber andado otras dos por Paris, repuso Claudio.

—Entónces no te habrás acostado esta noche.

—Así ha sido; vine á las cuatro á casa, y luego escribí algunas cartas.

Al decir estas palabras, ambos entraron en una salita desmantelada y oscura, á pesar del sol que iluminaba la parte de enfrente, pues por la excesiva suciedad de los vidrios no podia apénas pasar la luz.

—Siéntate, dijo Claudio á mister Wilsson, dándole una silla coja, única que se veía allí.

Y luego sentándose él mismo en un delgado y mugriento colchon que habia en el suelo, y que probablemente le habia servido de cama con una manta apolillada que se veía rebujada encima, preguntó con una acritud amarga, que no podia disimular á pesar de sus esfuerzos:

—¿Qué quieres de mí?

—¿No lo presumes? preguntó á su vez mister Wilsson con una risita sardónica que dejó ver un poco sus dientes amarillos y designales.

—Sí, contestó sombríamente Claudio; me parece que vienes á pedirme dinero.

—Te parece, pues, la verdad.

—Mira, repuso Claudio riendo a su vez con una expresion que hubiera helado de espanto á cualquiera que no hubiera sido mister Wilsson, mira en derredor tuyo.

El banquero tendió sus redondos ojos por la

estancia, con una expresion admirable de indiferencia y frialdad.

—Ya he mirado, dijo despues á Claudio.

—Ahora, continuó éste, mírame á mí; y con un movimiento rápido desabrochó su raída levita negra, y mostró al inglés su pecho moreno, desnudo y enflaquecido. Claudio Laroche no llevaba camisa. Mister Wilsson se encogió de hombros con un movimiento que decia bien claro:

—¿Qué me importa á mí todo eso?

Claudio Laroche vió aquel movimiento y lo comprendió. Existian entre aquellos dos hombres lazos muy odiosos, pero muy fuertes y antiguos para que pudieran desconocerse.

Lanzó á mister Wilsson una mirada ardiente y profunda, y le dijo con una calma glacial, que hacia el más espantoso contraste con la expresion de su rostro:

—Creo que ya no pensarás en pedirme dinero.

Claudio, dijo mister Wilsson, tienes treinta años y yo cincuenta y dos; y á pesar de que has cruzado con paso bastante rápido la tortuosa senda de tu vida, yo sé más que tú.

—¿Qué me importa? replicó Claudio con expresion salvaje.

—Hablemos un poco, y luego bueno será resumir, Claudio: ya sabes que hace once años te entregué una fortuna que debiamos partir entre los dos, y que, sin embargo, me dijeste necesitar entera.

—¿Y cómo habías de conservarla, sabiendo todos los negociantes de Londres que en tu casa había estado depositada, y afirmando tú que la habías retirado de ella su legítimo poseedor?

—Sea de ello lo que quiera, tú te llevaste 80,000 duros, y el dueño de ellos murió loco por querer yo favorecerte á tí con la mitad de esa cantidad, que despues te llevaste por entero. Poco despues te entregué otra gruesa suma para que pudieras deslumbrar al conde de Harley y escamotearle en el juego á condicion de entregarme á mí 600,000 francos.

—¿Y no te los entregué?

—No lo niego; pero dejame hablar: no vengo á pedirte nada por lo que respecta á semejante asunto.

—Será por los 80,000 duros que gasté en Alemania.

—No, escucha: cuando ví perdidas mis esperanzas de casarme con Rafaela Aguilar, ya sabes que yo compré al comerciante de Paris, quien declarándose en quiebra, dejó casi por puertas á su padre.

—¿Es cierto! murmuró Claudio, cuya fisonomía se alteró de un modo extraño.

El comerciante hizo tres partes de las sumas depositadas en su casa por el señor Aguilar: te dió á tí la una, quedó él con la otra, y la tercera la percibí yo.

Entonces fué cuando nos conocimos.

—Sí; tú eras ya compañero de infamias de aquel honrado socio, y te presentó á mí como una persona *muy entendida en los negocios*, tardando tú bien poco en demostrarme toda tu habilidad á pesar de tus pocos años.

—¿Y qué se deduce de todo esto?

—Que ahora vengo á pedirte para mi hija, la parte que cobraste de la ruina de su abuelo.

Claudio soltó una carcajada, y el banquero continuó:

—Sé que no puedes devolverme las sumas anteriores; pero sí la que te tocó en aquel reparto.

—¿No te he dicho que no tengo un maravedí?

—Sí, yo lo sabía además, y por eso no te la exijo ahora.

—¿Cuándo, pues?

—El dia que te cases con Leontina.

III

Reinó el silencio algunos instantes. Claudio había doblado la frente, y parecia sumergido en una meditacion amarga y profunda. Mister Wilson esperó una respuesta, pero viendo que no la obtenía, prosiguió así:

—Escucha; te casarás con Leontina y marcharéis en seguida á los Estados-Unidos; en vez de darme los 10,000 duros que te tocaron en el despojo de mi suegro, te daré yo medio millon de reales.

—¡Qué escucho! exclamó Claudio levantándose de su misero colchon: ¿qué es lo que te mueve á hacerme tan magnífica promesa?

—Mi propio interes ¿Crees acaso que hago alguna vez algo por nada? Ya te he dicho que yo necesito que te cases con la condesa; pero aun me falta decirte lo demás que te exijo.

—Habla.

—Así que seas su marido. pretextarás negocios en New-York, adonde marcharás al instante con tu esposa y con mi hija.

—¡Cómo!

—La condesa y tú os llevaréis á Alicia; los Estados Unidos son el único país capaz de hacer germinar en el alma de mi hija las ideas que yo he sembrado en ella; allí hay mujeres sabias y doctoras; harás que mi hija asista á los *meetings* y las cátedras, y al mismo tiempo le harás presenciar los crueles castigos de los esclavos negros, para que su corazon adquiera la dureza necesaria y que la ha de servir de coraza para los efectos que combaten la existencia de las mujeres en general!

—¡Por el infierno! ¿Qué proyecto es el tuyo? exclamó Claudio dando un paso atrás con el cabello erizado á pesar de la dureza de su alma: ¿quieres pervertir á tu hija? ¿Deseas que se convierta en una fiera semejante á tí? ¡No esperes de mí que coopere á semejante monstruosidad!

—Siéntate, Claudio, y acaba de escuchar con

calma lo que exijo de tí, dijo mister Wilsson con la más admirable sangre fria, y sin que le hiciese la más leve impresion la impugnacion de su socio; luégo, continuó, luégo, te diré cuál es la recompensa que destino á tus servicios.

Sentóse otra vez Claudio en su misero lecho, y se enjugó el sudor que corria por sus sienes con un pañuelo de rica batista, que por el blason bordado en una de sus puntas era fácil conocer que habia pertenecido á alguna dama, y que era dádiva de una de aquellas frenéticas pasiones que Claudio sabia inspirar.

—Quiero, continuó el banquero, que Alicia asista á las disertaciones de las doctoras, y á las cátedras de los protestantes; quiero que la lleves todos los dias al mercado de esclavos, y que presencie los castigos que los colonos imponen á sus negros; de esta manera perderá esa blandura de carácter que aun advierto en ella, y que le ha sido fatalmente trasmitada por su madre.

—¡Pero, qué proyectos son los tuyos con respecto á tu hija?

—Quiero hacer ver á la sociedad entera que la condicion de la mujer puede ser enaltecida por medio de su emancipacion.

—Pero si esa opinion hubiera prevalecido siempre, ni te hubieras casado tú, ni se hubiera casado ningun hombre.

—¡Y para qué me ha servido á mí el casarme? exclamó mister Wilsson levantándose con furia

de su asiento, y cruzando á grandes pasos aquella miserable habitacion; ¿qué ha adelantado mi fortuna con mi matrimonio? ¿De qué me ha servido mi mujer? ¡No, no! No quiero que el dinero que con tanto afan he ganado, pase á poder de otra familia; quiero que lo disfrute mi hija, mi hija sola.

—Pero, loco, repuso Claudio, en cuyos labios se pintó una sonrisa de desprecio, no conoces que todos esos sueños son irrealizables, que todos esos castillos vienen á tierra el dia que tu hija se enamore?

—Para evitar que se enamore, pues, es para lo que te entrego, Claudio: ¡Enamorarse! ¡Amor! Esas palabras han carecido siempre de todo sentido para mí. La mujer se casa para tener libertad, posicion, riqueza; y si á mi hija le sobra todo eso, no pensará jamás en casarse para adquirirlo.

—¿Y tú por qué te casaste?

—¿Qué sé yo? Tenia por mi mujer una especie de sentimiento amargo y lleno de afan, que me martirizó hasta que me casé con ella, y que al mes de mi matrimonio habia ya desaparecido; pero no hablemos de mí; yo no tengo ya otra pasion que la de acumular dinero, mucho dinero.

—Esa te ha dominado siempre.

—No te lo niego, pero ahora se ha acrecentado.

Claudio no dió muestras de haber oido estas

últimas palabras. Con la frente apoyada entre las manos parecia entregado á una meditacion dolorosa y profunda.

Extraño contraste presentaban aquellos dos hombres. Mister Wilsson alto, flaco, huesudo, con la cara y manos arrugadas, con su mirada amarga é incesiva, con su boca hundida y burlesca, se parecia á Mefistófeles, el tentador de Fausto.

Claudio Laroche, dotado de esa belleza peculiar del estío de la vida, y de esa belleza enérgica y ardorosa que tanto dice al alma, y que lleva el sello del alma de quien la posee, se parecia al mismo Fausto. Como el amante de Margarita, tenia Claudio morena la tez, hermosay abundante la negra cabellera y magníficos los ojos; pero como aquel, llevaba impreso en su fisonomia ese sello fatídico y sombrío, producto de la eterna lucha de su ambicion y de los punzantes dolores de su conciencia.

El aspecto de Claudio daba pena y miedo; atraia, y luégo parecia repeler con una extraña fuerza. Era preciso amar á aquel hombre hasta el fanatismo, ó aborrecerle con un odio mortal. Era uno de esos pocos hombres dotados de una organizacion magnífica, y que, pudiendo haber sido heroes, la fatalidad ó el enemigo del género humano, los ha hecho réprobos.

Mister Wilsson, viendo que no respondia á sus últimas palabras, volvió á sentarse no

sin alguna impaciencia, y dijo:

—Claudio, acabemos porque tengo que marcharme.

—Acabemos, contestó Laroche.

—Ya sabes lo que quiero que hagas con respecto al corazón y á la inteligencia de mi hija.

Ahora tengo que advertirte lo que quiero que hagas con respecto á sus instintos y á su carácter. La haras conocer todas las maldades que has practicado en esta vida, que no han sido pocas, y le participarás igualmente todas aquellas que has visto practicar á tus innumerables queridas.

—¡Dios del cielo! ¿Qué hombre es éste? exclamó Claudio en voz baja y temerosa; ¡yo le creía un condenado, pero es el mismo Satanás!

Mister Wilsson dejó ver en sus labios su habitual sonrisa, lenta y fria como el filo de un puñal; y luégo continuó como si no hubiera oido las exclamaciones de Claudio:

De esta manera conocerá todas las miserias de la humanidad, y aprenderá á desconfiar de ellas por completo. No conocerá el amor ni la amistad: todo se lo hará por sí misma, y no tendrá más afán que el de acrecentar su fortuna, y gozarla en paz y en una soledad completa.

—¿Has acabado? preguntó Claudio á mister Wilsson viendo que ya habia dejado de hablar.

—No, aun me falta decirte, que si dentro de cuatro años me devuelves á mi hija tal como yo

la quiero, te daré cuatro millones; y que en tanto que la *educas*, te señale una renta anual de 8,000 duros.

IV

Claudio volvió á meditar profundamente; en tanto que el banquero, esperando su decision, se paseaba impaciente por la estancia.

De repente se iluminó su semblante con una expresion radiosa; levantóse, y dijo acercándose al banquero:

—Antes de contestarte necesito que me presentes á tu mujer.

—¡Cómo! exclamó el banquero asustado á pesar de su impasibilidad, ¿querrias decirle?

—No me hagas preguntas, porque á ninguna he de responderte: necesito que me des entrada no sólo en tu casa, sino en la habitacion de tu muger.

—Está bien: ¿cuando?

—Esta noche.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—Ven á esa hora á mi gabinete particular, y en seguida te conduciré á la habitacion de Rafaela; pero ¿cuándo sabré si podré contar contigo?

—Mañana á estas horas.

—Hasta la noche, pues, dijo mister Wilsson dirigiéndose á la puerta, y luégo volviendo algunos pasos, añadió:

—Si mañana me dices que te llevas á Alicia, te daré en el acto tu pensión del primer año.

Claudio se encogió de hombros con un movimiento de triste indiferencia que debia ser muy nuevo en él, porque el banquero le miró sorprendido, y le dijo:

—¿Te habrás vuelto filósofo?

—Hasta la noche, repuso Claudio, despidiéndolo á mister Wilsson con cierta magestad.

Este salió, montó en su berlina y bien pronto se le oyó alejarse al trote de su magnífico tronco.

Entretanto Claudio habia cerrado la puerta, y dejándose caer en la silla que ocupaba poco antes el inglés:

—¡Dios todopoderoso! exclamó elevando al cielo sus manos unidas: ¡hoy te reconozco! ¡Veo tu mano suspendida sobre mi cabeza y tiemblo y me estremezco de que la dejes caer! ¡Mucho he tardado, Señor! ¡He pasado veinte años de mi vida en el camino del mal! ¡Dame un rayo de luz que ilumine el resto, y me aparte del abismo de la desesperacion!

Claudio sepultó el semblante entre sus manos, y durante algun tiempo. . . ¡lloró!

CAPITULO VII.

La declaracion.—Aparece otra vez el doctor Simpson.—El salvador.—La carta de Claudio.

I

A las nueve de aquella noche, Tom, el ayuda de cámara de mister Wilsson, introdujo en la habitacion de su amo á Claudio Laroche.

Nadie que hubiera visto á éste por la mañana le hubiera conocido vestido por la noche con una elegancia llena de naturalidad y distincion: Sin embargo, su traje ostentaba una sencillez que distaba mucho del lujo. queria sin duda dar á entender á Rafaela que su deseo de ser presentado á ella habia sido casual, ó nacido en el momento de entrar á ver á su marido.

Llevaba pantalón claro, admirablemente hecho, levita color de castaña y corbata negra. Su cabello negro, abundante y lustroso, se ensortijaba en copiosos anillos, y su barba, igualmente